

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, mayo de 1956

Núm. 1047

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

LA ULTIMA LABOR DE SAN ISIDRO

Era una tarde de verano de 1172.

Los mozos de labor de la hija de Juan de Vargas trillaban en lo alto de las cuestas situadas entre Carabanchel Bajo y Madrid, a la derecha del Manzanares, y algunas pobres, cristianas y moriscas, espigaban en los campos ya segados.

—Aquí viene Isidro—dijo al otro uno de los mocetones que trillaban:—el perro sale a recibirle.

Poco después se apeaba de un jumento un anciano de alta estatura, blanca y poblada barba, apoyado en un báculo, más por costumbre que por necesidad y cansancio; cubría su cabeza una caperuza de paño pardo muy raído, y le envolvía desde el cuello hasta los pies una gramalla o sayo de lo mismo, sujeta con una tomiza a la cintura, completando su traje unas polainas viejas, abiertas por detrás, y un calzado tosco.

—¡Buena parva!—dijo el anciano a los dos mozos después de saludar.

—No ha sido mal año para el ama—contestó uno de ellos.

—Cuando el año es bueno para los amos—contestó el viejo—lo es para los criados, para ricos y pobres, para el ganado, y hasta para los pájaros que vuelan y las hormigas que pisamos con el pie.

—Eso es verdad—dijo el más joven.

—¿Y hemos de pensar también en las hormigas?—añadió el otro con tono de burla.—Dicen, Isidro, que antes de sembrar echabais al aire puñados de trigo para los pájaros y las hormigas. ¿Es verdad?

—Es cierto; todas son criaturas de Dios.

—¿Y es cierto que los ángeles araban vuestras hazas mientras haciais oración?

—¿Y que esa fuente que brota de la peña la abristeis dando un golpe con la ahijada?

—Y que resucitasteis a nuestra ama?

—¿Y que después de dar de limosna la mitad del trigo que llevabais a molar, con el poco que echasteis en la tolva del molino sacasteis más harina que hubiera producido el saco lleno?

El viejo no contestaba; se había

quedado extático delante de una fuente.

—Está orando y no escucha—dijo uno de los labriegos—dejémosle rezar.

Y arreando a las mulas, siguieron dando vueltas en el trillo y repitiendo, al ver arrodillado al viejo Isidro:

—¡Es Santo, es Santo!

—Como que se le cayó un hijo al pozo y con una oración suya salieron las aguas a devolvérselo vivo y sano.

—Pues, María, su mujer, también es Santa; se la ha visto cruzar el Jarama navegando sobre su mantellina como si fuera sobre un barco.

—Son Santos los dos.

—Trillemos, trillemos... ¡Cómo crujen y se deshacen las espigas; nunca ha cundido tanto la labor; si esto parece milagroso!...

Cuando el viejo Isidro volvió en sí, los mozos habían ya trillado la parva y se disponían a separar el grano de la paja con el biello.

—Larga ha sido la oración, abuelo—dijo uno de los mozos.

—¿Larga dices? He orado un rato nada más; lo demás del tiempo estuve viendo.

¿Y se puede saber lo que habéis visto?

—Y se podría, si supiera yo explicarlo.

En donde está esa fuente, vi una ermita; tapias elevadas, cruces, rejas, y angeles de piedra donde están espigando esas mujeres; por todas estas, cuestas hasta la margen del río, una gran feria y multitud de gentes con trajes increíbles, comprando, vendiendo, bailando y haciendo toda clase de locuras; a la derecha, sobre el río, un puente magnífico de piedra, que no bastaba para dar paso a tanta gente; infinidad de caballos arrastraban grandes armatostes con ruedas llenos de personas; Madrid llegaba hasta cerca de ese puente, y no tenía murallas, y en vez del Alcázar vi un palacio todo de piedra; donde están aquellos dos álamos, junto a una fuentecilla, vi un templo muy grande con una cúpula dorada; las casas, perdiéndose de vista, debían pasar de la ermita de Nuestra Señora de Atocha, pero los campos estaban talados y sólo crecía un pobre herbaje

entre arenales, y en vez de estos aires olorosos, corría un viento seco, alzando tolvaneras. Se hizo noche y todo Madrid estaba alumbrado como un altar por dentro y fuera; sólo vestían como nosotros, con capirotas y gramallas y chuzos con faroles, algunos hombres en las calles más estrechas: las gentes hablaban desde aquí con las que estaban dentro de Madrid, y se oían los quejidos lejanos de un animal que corría echando fuego; tuve miedo, y volví a rezar por si aquella visión era diabólica, pero las campanas de la ermita repicaban alegremente; no era infernal, aunque lo parecía, porque oía pronunciar con veneración el santo de mi nombre.

—¿Y decís que había puente de piedra para pasar ese arroyo? Los sueños siempre advierten algo, pero no sé qué puede significar eso—dijo un mozo.

—Y si Madrid no tenía murallas, ¿cómo se defendía de los moros?

—¿A qué explicarnos lo que no podemos entender?—repuso Isidro—Dadme el biello: esta es la última vez que he de manejarle.

—Por qué decís eso?

—Porque no veré la próxima cosecha.

—¡Si estáis fuerte como un roble!

—Más fuerte es aquel Alcazar, y caerá para dejar el sitio a otro mejor.

Y el viejo, quitándose la caperuza y recogiendo el sayo, se puso a aventar el grano con tanto brío, que los mozos se detuvieron para verle trabajar.

—Bien mereceriais cobrar nuestra soldada—dijeron los labriegos cuando concluyó la faena.

—¿Creéis que he trabajado de balde?—respondió Isidro mirando con cariño el biello y arrojándolo sobre la paja—Dadme un puñado de trigo.

—No es mucho el salario. Habéis sacado mas grano del que esperábamos; llenad la caperuza.

Isidro sacó una bolsa de lino blanco y nueva, y escogiendo los granos más hermosos, echó un puñado en el bolsillo y lo colgó de la cintura.

—¿Es para las hormigas ese puñado de trigo, abuelo?

—No; es para que hagan una hostia; he venido a bieldar el pan de mi postrera Comunión.

Los mozos le saludaron con respeto, y el anciano, montado otra vez sobre el jumento, le hizo pasar el río, que arrastraba entre arena sus escasas

pero cristalinas aguas. Al revolver una vereda, una pobre con la cara cubierta y las manos atezadas le pidió limosna en algarabía. Isidro echó mano maquinalmente a la bolsa, que sólo contenía el trigo destinado para la hostia, y después de haber sacado unos granos, se detuvo.

—¿Eres mora?—preguntó a la pobre en el mismo lenguaje.

—Soy sierva de Alá.

Isidro vaciló; pero haciéndole aproximar el saco, le dijo:

—Yo te doy limosna en el nombre del Dios de los cristianos.

Y de su callosa mano cayó un chorro de trigo hasta llenar el costal de la mendiga.

—Alá permita—le dijo ésta—que seas incorruptible como el trigo, y te forren de plata, y que los pobres coman, pasados cuatro siglos, los frutos de tu huerto.

Picó Isidro el jumento para no oír las alabanzas; sólo encontró en su camino algún lego de San Benito, algún canónigo de Santa María, hortelanos moriscos, judíos harapientos, labriegos que recogían el ganado y saeteros que volvían al Alcázar.

Cuando llegó a su casa era tarde; el almuédano cantaba a lo lejos, en la Morería, para los creyentes de Mahoma; «Venid al templo a orar: no hay más Dios que Dios». Y la campana de San Andrés, tocando a la oración, recordaba a los cristianos la salutación del Arcángel a María

* * *

La profecía de la pobre mudéjar se ha cumplido; en las fiestas de canonización de San Isidro, el gremio de plateros depositó su cuerpo incorrupto en una urna de plata; se improvisó un huerto con árboles, frutas y hortalizas en la plaza de la Cebada, y a una señal se permitió al pueblo llevarse la cosecha. En cinco minutos no quedó en el huerto ni una fruta, ni una rama, ni una hoja según cuentan los cronistas de aquel tiempo.

Jasé Fernández Bremón

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

... Y Jesús les dijo:

—He aquí lo que yo os decía cuando estaba aún con vosotros: que era menester que se cumpliera todo cuanto está escrito acerca de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Vosotros daréis testimonio de estas cosas. Y yo os enviaré el don de mi Padre que os he prometido.

Y Jesús Resucitado, les recuerda su doctrina para que la cumplan y la prediquen por todo el mundo como normas de la vida cristiana.

Y ya en el monte de los Olivos, mientras les bendecía se apartó y se elevó hacia el cielo.

Magnífica doctrina la doctrina del Evangelio.

Si todos cumplieran sus mandatos, la vida sería un paraíso y el tránsito de la muerte una esperanza llena de ilusión y de alegría.

La caridad es el eje de esta doctrina, y el amor es la sustancia que da vida a sus magníficos mandamientos.

Si el amor y la caridad en Dios, presiden todos nuestros actos, la vida será fácil para nosotros, por muchas que sean las contrariedades y penas que vayan apareciendo en nuestro camino.

Hay que cumplir los mandamientos. No solamente los fáciles, los cómodos, los que nada cuestan, sino también los otros, los que puedan originarnos algún esfuerzo, alguna contrariedad, alguna rectificación en nuestro modo de vivir.

Tened la seguridad, que de haber cumplido los mandamientos y con las leyes de la iglesia, no nos arrepentiremos en la hora fatal de la separación del alma y del cuerpo; sin embargo, tened por seguro, que en ese momento decisivo de nuestra existencia, puede llenarnos de inquietudes, de preocupaciones, de intranquilidades, que hagan triste, desapacible, inquietante, tal vez desesperada, la última hora de nuestra vida.

No es difícil vivir en el seno de la iglesia, cuando hemos adaptado nuestra vida a sus normas. Nuestra conciencia estará tranquila; nuestro carácter será más alegre; la vida tendrá, para nosotros, un color más agradable que si «algo» nos separa de la paz espiritual.

El apartamiento de la vida religiosa, nos da inquietud constante, infelicidad, pena, desasosiego, a veces desesperación y mal humor. ¿No es cierto todo esto? ¿No es una gran verdad, que nuestro espíritu no está en paz hasta que nos hemos reconciliado con Dios y vivimos de acuerdo con lo que El quiere? Recordad y medita. La vida va muy aprisa; apurémonos nosotros a conseguir la paz espiritual, necesaria para nuestras almas y también para nuestros cuerpos. Con ello habremos ganado mucho, y la contemplación de la muerte no será tan inquietante, ni tan triste como la vemos cuando nuestro espíritu no encontró la paz.

La iglesia nos manda... entre otras cosas... comulgar por Pascua florida. No lo olvidemos. La paz, nuestra paz tan deseada está ahí. Dios nos la quiere dar y nos espera con los brazos abiertos.

Jesús de Nazaret terminó su misión sobre la tierra.

Ha quedado explicado el misterio del dolor.

La vida del hombre sobre la tierra, con sus luchas y contradicciones, ha dejado de ser un enigma.

Ya sé por que Dios me la dió; se cómo debo emplearla.

R.

¡Es el Señor!

Cuando Lili entró en el colegio de religiosas, para empezar su educación, era la niña más mimada y consentida que existía bajo la capa del cielo. Su mamá, joven y dotada de una rara hermosura, sólo vivía el adorno de su cuerpo, por el que tenía un verdadero culto, que se extendía a aquella pequeñuela, vivo trasunto suyo. Lili era la criatura más linda, pero también más lujosa de cuantas frecuentaban el frívolo mundo que madre e hija habitaban. La admiración y, ¿por qué no decirlo también?, la envidia de todas sus amigas y amiguitas; y la niña aprendió antes a mirarse al espejo que a contemplar una estampa de la Virgen o una imagen del Niño Jesús.

Pero llegó la edad en que Lili debía hacer su primera Comunión; todas sus amiguitas la habían hecho y habían lucido sus preciosos vestidos blancos, recibiendo lindos regalitos de parientes y deudos; Lili quería hacerla también, sin que la menor idea espiritual animara aquel deseo. Pobre niña, ¿qué culpa tenía ella de que no la hubieran imbuido el menor rayo de luz divina en su alma?

Por primera vez su mamá se ocupó del alma de su hija; debía sin duda prepararse para tan solemne acto; trató con algunas amigas suyas cuyas hijas lo habían hecho ya, y una de ellas la aconsejó, con buen acuerdo, que llevara a la niña al colegio de religiosas donde habían preparado a la suya: eran encantadoras aquellas monjas y daban muy bien de comer.

Y de este modo se valió Dios para atraer a Sí aquella almita tan en peligro de no conocerle nunca.

Lili tenía una inteligencia clara y un fondo angelical: la suave doctrina de Jesucristo penetró dulcemente por las puertas de su corazón; era una luz nueva, radiante, que iluminaba su vida entera; Jesucristo amaba a los niños: decía a sus apóstoles que los dejara acercarse a El... ¿Cómo su mamá, que tanto la quería, no le hablaba nunca de El? Y cuando llegó a escuchar las maravillosas palabras del Padre que las instruía, cuando empezó a comprender que era el mismo Jesucristo el que ella se preparaba a recibir, quedó enajenada. ¡Recibir a Dios! ¿No lo recibiría también su mamá? Y al pensar que ella no la había oído decir nunca, sintió un pesar muy grande.

Y llegó el deseado día, pero aunque otras mamás acompañaron a sus hijitas en el sagrado Banquete, la madre de Lili no fué de ellas.

La buena señora había tenido un verdadero disgusto cuando las monjas la dieron el modelo que debía servir para el traje de Comunión de su hija: un sencillo traje organdí, completamente liso, un velo de lo mismo que cubría sus cabellos sencillamente recogidos... ¡Ella que había ya comprado la *Peau d'ange* y los encajes de auténtico *Cantilly* que debía lucir su Lili!

Pero su disgusto fué mayor aun cuando la niña la suplicó, con sus hermosos ojos llenos de lágrimas, que la dejara en el colegio hasta que dieran las Madres por terminada su educación: que allí era muy

feliz, que aprendía mucho y cosas tan hermosas!.

Sin embargo, no se atrevió a negarse; tenían razón sus amigas: las monjas eran encantadoras, cuidaban muy bien a la niña y sabrían hacerla una señorita distinguida. Por otra parte, una niña de ocho años daba mucho quehacer y mejor estaría en el colegio que con una *fraulen*, que tienen tantas exigencias...

Y Lili permaneció entre las buenas Madres, que supieron hacer fructificar los hermosos sentimientos de la niña.

Llegó el verano con sus vacaciones. La mamá de Lili fué a buscarla al colegio como las demás mamás. Llevando de la mano a la niña en dirección al coche que ante la puerta las esperaba; la señora contemplaba extasiada a su hija, deseando despojarla del severo uniforme negro con banda roja, que ella juzgaba horrible, para vestirla uno de aquellos trajecitos veraniegos que ya la tenía preparados y que tienen la propiedad de ir arrebatando a las niñas el mayor de sus encantos: el pudor.

Lili charlaba, preguntando a su madre sobre todo lo que veía al raudo cruzar del automóvil; su madre no veía ni oía más que a ella, el repique de una campanilla que resonaba en la calle, no bastó a fijar la atención de la mundana señora; pero Lili, interrumpiendo su charla, semejante al gorjeo de un pajarillo, dió un tironcito del vestido de su madre, diciendo con voz queda y respetuosa:

—Mamá, ¡es el Señor!

—¿Qué señor?—preguntó ésta asombrada al ver arrodillarse a su hija en el suelo del coche.

Pero la niña, dándole un tirón más fuerte, repitió:

—¡Es el Señor! ¿No lo ves, mamá?, arrodíllate.

La señora subyugada por el tono de su hija obedeció máquinalmente, mirando al exterior.

Entonces vió pasar ante ellas una hilera de mujeres y hombres con velas encendidas que seguían a dos muchachos con sendos faroles precedidos de un sacerdote revestido, que llevaba *algo muy precioso* que estrechaba contra su pecho, mientras un monaguillo iba repicando la campanilla que interrumpiera la charla de su hija.

—¡El Viático!—dijo indiferentemente, de un modo bien distinto al que empleara ésta para exclamar reverentemente: ¡Es el Señor!

—Vamos a acompañarle—dijo Lili vivamente.—Le dejaremos el coche, ¿verdad mamá?

Y sin esperar la respuesta bajó de un salto corriendo al encuentro de la piadosa comitiva.

No sin secreta contrariedad la mamá vió dirigirse a su automóvil al sacerdote portador del divino Sacramento, y descendió a su vez permaneciendo inmóvil mientras subía.

Lili arrodillada en la acera, con sus manitas juntas, parecía uno de esos hermosos ángeles que colocan junto a los tabernáculos en las iglesias católicas.

Cuando el coche emprendió lentamente su marcha, la niña se puso en pie tirando de su madre, mientras decía:

—Vamos a acompañarle; se ganan muchas indulgencias y es una obra de misericordia.

—Pero, hijita—replicó vivamente la dama—¿no ves que se nos va a pasar la hora del teatro?

Lili la miró con un asombro tan grande, que sin saber por qué, la señora se sintió avergonzada.

—Primero es acompañar a Nuestro Señor que ir al teatro—dijo dulcemente la piadosa niña—¿No acompañas tú nunca al Santo Viático?

La señora no contestó, pero siguió a su hija dócilmente.

Cuando madre e hija volvieron a su automóvil, después de dejar al Señor en su prisión del Sagrario, ya no era hora de ir al teatro, pero le habían acompañado a varias casas, desde un elegante piso en que moría una jovencita víctima de esa implacable enfermedad denominada tuberculosis, hasta una mísera guardilla en que siete niños rodeaban el camastro en que agonizaba su madre consumida más por las privaciones que por los años. Damas apostólicas la rodeaban, lo que indicaba que la limosna de la caridad era el único recurso de aquella desventurada familia.

Pensativa, acongojada, subió la señora a su coche y cuando éste partió lanzó un suspiro de desahogo.

—Nunca pensé que hubiera gente que viviera así—dijo como hablándose así misma.

—Hija mía—añadió volviéndose a la niña cuyos hermosos ojos estaban brillantes por las lágrimas—, haz el favor de no traerme más a estas cosas... acabaría por enfermar del corazón.

—No lo creas, mamá—contestó ésta dulcemente—. *Ma Mere* nos cuenta cosas muy hermosas; las señoras ricas, muy ricas, que socorren a los pobres y los visitan y los quieren..., son muy felices. Ya ves cómo es verdad, pues el Señor es quien nos ha llevado hoy a sus guardillas para que aprendamos el camino.

La señora no contestó, pero besó a su hija con ternura, diciendo con voz conmovida:

—Eres un ángel, hija mía. Ya procuraré acostumbrarme... *He conocido a tan pocos pobres, que nunca he pensado en ellos.*

JULIA GARCIA HERREROS

Misión educadora de los Colegios y normas cristianas para los mismos

Párrafos tomados del discurso de Su Santidad el Papa Pío XII, al Instituto Nacional Masculino de Roma el pasado 20 de abril.

Ventajas e inconvenientes del Colegio

Ciertamente el ambiente familiar, como nido ofrecido por la naturaleza, cuando está complementado por la Iglesia e integrado por la escuela, es el más apropiado para asegurar una buena e incluso perfecta educación; pero a menudo las circunstancias de lugar, de trabajo, de personas, impiden a la familia atender por sí sola a tan ardua tarea. En estos casos el colegio viene a ser una institución providencial, sin la que muchos jóvenes quedarían privados de grandes bienes. Sin embargo,

Primera Comunión

Dejad que los niños se acerquen a Mí. Es de ellos mi Reino que no tiene fin.

Yo mismo, contento, les brindo a venir.

Traen sus credenciales en su alma infantil:

pureza e inocencia. y al verles, feliz,

mis brazos abiertos, les traigo hacia Mí.

¡Venid a mí Reino que no tiene fin,

que a la puerta espero que vengáis! ¡Venid!

Su puerta, el Sagrario, abierta al país

de eternas venturas os llama; ¡Venid!

Que yo ya os espero, podéis ya venir!

¡Que nadie os estorbe, Yo ordeno el festín...!

¡Dejad que los niños se acerquen a Mí!...

Hermenegildo Rodríguez

ello no exime a los padres del deber de ocuparse de los hijos, antes al contrario, exige que su influjo se haga patente también en el colegio, para integrar la obra de formación que se realiza lejos de su mirada.

En el colegio el joven aprende durante cierto tiempo a saber convivir en sociedad gracias a las diferentes relaciones en que viene a hallarse con sus superiores, con los condiscípulos y con los inferiores de edad. La consecución de estos resultados puede, sin embargo, quedar comprometida por exceso y por defecto de método tales que conduzcan al extremo contrario y, por consiguiente, a procurar motivos para juzgar negativa y dañosa la educación en el colegio.

Indudablemente la vida en común, fuera del ambiente natural, bajo el imperio de un reglamento rígido que no sepa distinguir entre individuo e individuo, presenta sus peligros. Por poca desviación que interceda, será inevitable tener alumnos poco impuestos en el sentido de la responsabilidad personal, arrastrados casi inconscientemente por el mecanismo de los actos a un puro formalismo, tanto en el estudio como en la disciplina y en la oración. La estricta uniformidad tiende a sofocar el impulso personal; la vida apartada, a restringir una amplia visión del mundo; la inflexible urgencia en cumplir el reglamento fomenta a veces la hipocresía o también impone un nivel espiritual, que para unos será demasiado bajo y para otros, en cambio, inalcanzable; la excesiva severidad termina por cambiar los caracteres fuertes en rebeldía y a los tímidos en intravertidos y pusilánimes.

El peligro de la educación en masa

Sin embargo, es posible y obligado remediar estos peligros mediante el discernimiento, la moderación, la suavidad. Es necesario, en primer lugar, saber distinguir cada caso en los alumnos. La educa-

ción llamada de masa, como también la enseñanza de clase, cuesta ciertamente menor fatiga, pero corre el peligro de aprovechar solamente a algunos, y son todos los que tienen derecho a aprovecharse de ella. Los niños nunca son iguales uno a otro, ni por inteligencia, ni por carácter, ni por las otras cualidades espirituales. Es una ley de la vida. Por tanto, han de ser considerados singularmente, ya sea para indicarles su modo de vida, ya para corregirles y juzgarles.

La virtud de la moderación en el educador

Otro carácter que debe informar la educación colegial consiste en la moderación. Es preciso un iluminado sentido de discreción al determinar la duración del estudio y del recreo, la distribución de premios y de castigos, la concesión de libertad y la exigencia de disciplina. También los ejercicios de piedad deben gozar de recta medida, a fin de que no se conviertan en peso casi insoportable y no provoquen el tedio en el alma. No raramente se ha notado el deplorable efecto de un excesivo celo en este punto. Se han visto alumnos de colegios, incluso católicos, en los que no se ha tenido en cuenta la moderación, sino que se ha querido imponer un tenor de prácticas religiosas, quizá ni siquiera proporcionadas para los seminaristas, descuidar, al volver al seno de la familia, los deberes más elementales del cristiano, como la asistencia dominical a la santa misa. Se debe ciertamente ayudar y exhortar al joven a orar; pero siempre en medida tal que la oración sea una dulce necesidad del alma.

También ha de imperar en todo colegio un aura de serena suavidad, pero que no comprometa la formación de los caracteres fuertes. Especialmente a los jovencitos

que proceden de familias sanas, el sentido del deber ha de inculcárseles mediante la persuasión personal y con argumentos de razón y de afecto.

Colaboración entre familia y colegio

Existe, por último, una tercera colaboración, que nunca será bastante recomendada y que estrecha en una obra solidaria e indispensable al colegio, a los alumnos, a las familias. Es ante todo necesario una perfecta concordia de principios y de objetivos entre el colegio y la familia, a fin de que el uno no destruya la acción de la otra, y viceversa. La familia en particular, según hemos dicho ya, confiando su hijo al colegio no renuncia a sus propios derechos ni queda exenta de sus propias responsabilidades. Le corresponde afianzar, sostener, continuar la obra de los educadores. A veces se requerirá una mayor confianza en el alumno, otras una mayor severidad o un más asiduo interés, o quizá sea preciso también sacrificar un poco de los propios sentimientos. Pero es necesario, sobre todo, que los jóvenes vean siempre un perfecto entendimiento entre colegio y familia. Con esta triple colaboración, a la que se añadirá la más elevada, eficaz e íntima que realiza la religión por medio de sus ministros, se puede esperar fundadamente que los altos ideales acariciados por los jóvenes, deseados por las familias, perseguidos por el colegio, se convertirán un día en feliz realidad.

UN JUEZ ASTUTO...

Las deliberaciones del Jurado tardaban muchísimo, y el juez de Oklahoma City se desesperaba; pero ¡aquí de su buena maña! Primero les puso asientos duros, y consiguió que sus deliberaciones tardaran una hora menos. Después les quitó las sillas para que deliberaran de pie, y el Jurado tardó bastante menos en deliberar. Alentado por estos progresos, acabó por clavar las ventanas de la sala de deliberaciones, logrando así que la atmósfera se hiciera irrespirable a los pocos minutos de deliberación, y que el Jurado se cifiera al mínimun de tiempo, con lo que sonrió satisfecho.

CARBONES

Arbués

Covadonga, 27 Teléfono 1817

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

**ANTIGUA FUNERARIA
— DE —**

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES

Arbués

Materiales de CONSTRUCCION

**Planchas ACANALADAS
de CUBRICION**

Covadonga, 27 -
Teléfono 1817 - GIJON

La **Caja de Ahorros de Asturias**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)